

Ordenar y poblar: geografías, territorios y conflictos en Colombia, 1860-1900

Revista SOCIOLOGIA. Universidad Antioqueña
 la funesta. Medellín, N.º 27, Octubre. 2004
 pp 58-73.

Luis Javier Ortiz Mesa*

* Profesor Emérito, Escuela de Historia, Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín. Agradezco a Luis Fernando Franco Rodríguez, estudiante de la Carrera de Historia de la Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín, su apoyo en el ordenamiento y precisiones del texto correspondiente al presente ensayo. Este fue presentado en la cátedra Manuel Ancizar de la Universidad Nacional de Colombia en su Sede de Bogotá, con el título *La experiencia territorial en el período federal en Colombia* dentro del tema "Espacio y territorio: retos en la construcción de la nación colombiana". Auditorio León de Greiff, marzo 22 de 2003.

RESUMEN

El artículo refiere aspectos de diversas construcciones geográficas dentro del lento, gradual y conflictivo proceso de formación del Estado-Nación occidental colombiano en la segunda mitad del siglo XIX. Los grupos dirigentes del país, así como viajeros extranjeros y nacionales conocedores de distintos campos científicos, se interesaron en representar el país a través de numerosas geografías, estudios estadísticos, memorias y censos. Ordenar y poblar fueron siempre de la mano en territorios desigualmente incorporados al "proyecto civilizador" de los grupos dominantes, por lo que este proceso generó modalidades de inclusión y exclusión, y múltiples conflictos, visibles en los diversos patrones de poblamiento republicano. "La Colombia civilizada" debía reducir y cristianizar a "la Colombia salvaje" y someterla a sus estilos de vida y a sus tradicionales formas civilizatorias, en opinión de los dirigentes nacionales. Las geografías se constituyeron así en representaciones del territorio y de sus gentes, no exentas de distorsiones, representaciones selectivas y silencios sobre "territorios periféricos, desérticos y lejanos".

PALABRAS CLAVE: Geografía, demografía, territorios, poblamientos, Colombia, siglo XIX.

El período federal (1863-1880) se constituyó en un esfuerzo de los dirigentes liberales radicales, de algunos liberales moderados y de unas docenas de conservadores que entendieron que el país debía progresar en educación, vías de comunicación, introducción de nuevas tecnologías para el campo y la ciudad, comercio abierto, ferrocarriles, navegación a vapor, caminos, canal interoceánico, razas ganaderas y pastos nuevos, sociedades científicas y artísticas, cobertura educativa y en gran medida laica. Todos estos esfuerzos estaban encaminados a construir un país distinto al que teníamos entonces, romper con el alto peso colonial borbónico en cuanto a trabas para el comercio, las libertades, las autonomías locales y el peso de las oligarquías regionales, así como superar las resistencias sociales e ideológicas tradicionales con nuevos procesos de modernidad y nuevas formaciones educativas y culturales sin la tutela de la Iglesia;

así sería posible lograr una sociedad que se reformara económica y socialmente, y cambiara la mentalidad de sus habitantes andinos y de las costas "civilizadas" para que contribuyeran en la construcción de un país competitivo con las economías internacionales (Inglaterra, Francia, Alemania y Norteamérica), laico, librepensador y abierto a las corrientes intelectuales y científicas del mundo.

Frente a estos intentos modernizadores y a la búsqueda de un Estado que garantizara la tan ansiada prosperidad, la inestabilidad política se presentaba como, si no el mayor, uno de los principales obstáculos en el camino del anhelado progreso. Las guerras civiles del siglo XIX pusieron en evidencia la frágil construcción republicana, resaltaron los intereses locales de caudillos sobre los intereses todavía inasibles de la nación y demostraron que ni las fórmulas del centralismo ni del federalismo hallaban una aplicación satisfactoria. Fueron además una desafortunada prueba del fracaso del proyecto político de quienes concebían que las nuevas sociedades republicanas sólo podrían regirse por la normatividad de las constituciones políticas, por las precisiones legislativas y por el equilibrio armónico entre los poderes¹. En cualquier caso, las guerras civiles también produjeron una "extraña igualdad social" que se patentiza en las memorias biográficas, hicieron posible el reforzamiento de adhesiones partidistas, exigieron cierta planificación administrativa con miras a desenvolverse eficientemente en los conflictos y dieron lugar a la movilización, el cruce y circulación de diferentes grupos culturales por el país². Precisamente como resultado de la guerra civil de 1860, el liberalismo triunfante impuso al país un orden federal a ultranza. Durante los años comprendidos entre 1861 y 1886, el país fue dividido

1. Gilberto Loaiza, "Educar y gobernar", en: *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, No. 29, 2003.

2. Marco Palacios, *Parábola del liberalismo*, Santa Fe de Bogotá, Editorial Norma, 1999, pp. 252-255.

por sus grupos dirigentes liberales en nueve Estados federales y soberanos, lo que quedó consagrado en una Constitución política aprobada en la población liberal de Rionegro en 1863, enclavada en la conservadora región antioqueña. Se puso especial énfasis a las afirmaciones de las regiones por encima del Estado central sin que se considerara que éste no debería seguir existiendo como regulador relativo de las diferencias y conflictos entre aquellos o como promotor asociado a los Estados para el desarrollo económico y social. También se puso gran interés en las autonomías de los distritos como bastiones del ejercicio de los poderes locales y en la libertad de cultos como elemento civilizador que permitiera la libertad de pensamiento y de empresa.

Es evidente que las tensiones entre quienes defendían las autonomías regionales y quienes propugnaban por un Estado más centralizado reflejaba la existencia en el país de una tradición autonómica heredada del dominio de la casa española de los Austrias, puesta en cuestión por el centralismo de los Borbones durante el siglo XVIII y bastante difícil de poner en acción durante el período republicano³, ya que nuestros dirigentes tomaron de manera relativa aquello que fuera más conveniente para sus intereses y proyecciones: si Colombia debía ser federalista o centralista o de cómo conjugar estas dos modalidades de organización territorial, de ordenamiento estatal, de estructuración de las formas de poblamiento y de control social. ¿Qué tipo de orden era el más coherente con un país de predominio mestizo, de pobladores blancos y negros casi del mismo tamaño y de menores pero estratégicamente bien ubicadas, y a veces incómodas, comunidades indias? ¿Qué orden establecer desde el centro del Estado-nación, desde el gobierno nacional y los gobiernos regionales y locales para buena parte de esa sociedad varipinta, predominantemente andina por el número de pobladores —ya que muchos en selvas, ríos y

3. *Ibid.*, pp. 160, 189.

mares no eran contables— pero altamente desobediente, buscadora de ascenso social e insubordinada? El drama de nuestros dirigentes, también sentido por muchas gentes del común, divididos en bandos políticos que conjugaron gentes federalistas y centralistas en ambos partidos, era de qué manera integrar al proyecto de Estado-nación liberal y conservador a “ese monstruo indómito que a todo lo bueno se resiste” según la expresión colonial⁴. De qué manera someter a esas “gentes indómitas” al Dios católico o a la versión laica de un Ser supremo que fuera distinto al de sus propias creencias, a la ley estatal, a la seguridad y control brindados por el Estado-nación occidental, a la vida en policía y al pago de los impuestos.

Ahora bien, así como era evidente la fragmentación regional del país, así mismo era evidente la existencia de factores de cohesión que impedían que el país estallara en pedazos: una Iglesia católica hegemónica, que pretendía ejercer el control espiritual y moral de todos los colombianos; unos partidos que cohesionaban socialmente; periódicos que a través de sus editoriales y de los reportes sobre los hechos de las diferentes regiones propagaba el ideal de nación, amén de la amplia circulación que tenían algunos de ellos; sociedades democráticas y católicas que emprendían a su manera una labor de difusión cultural, política y doctrinaria; un Estado educador que se constituyó en activo transformador del mercado cultural, que encargó la redacción de textos escolares, la importación y traducción de obras, así como la elaboración de contratos de utilería escolar y su distribución a los Estados, a la vez que decretaba impuestos para que en cada localidad se construyeran, adecuaran y dotaran sedes escolares, aún con planos de modelos arquitectónicos norteamericanos para

4. Fabio Zambrano, “La geografía de las guerras en Colombia”, en: *Memorias de la II Cátedra Anual de Historia Ernesto Restrepo Tirado. Las guerras civiles desde 1830 y su proyección en el siglo XX*, Bogotá, Museo Nacional de Colombia, Asociación de amigos del Museo y Ministerio de Cultura, 1998, p. 236.

las escuelas normales; caminos que permitían la comunicación entre las diferentes regiones (y aquí es indispensable hacer referencia al río Magdalena como la gran vía nacional durante la mayor parte de nuestra historia), una incipiente navegación a vapor que permitía una circulación más rápida, efectiva y cómoda de pasajeros y mercancías; la construcción de caminos y tramos ferroviarios que permitieron alcanzar fines similares; un sistema de impuestos que osciló entre la descentralización y el aparentemente férreo control central⁵.

El territorio como elemento de la nacionalidad

Los conflictos de soberanía y posesión que enfrentaba el país en sus fronteras desiertas y selváticas eran también conflictos de integración, una faceta clave de la identidad nacional. El proyecto no muy sólido de las elites para integrar las áreas remotas y “ocupar aquellas ricas soledades” como decía Mariano Ospina Rodríguez, “es la reducción de las robustas hordas que vagan en sus selvas, a la vida civilizada, operación penosísima y difícil que sólo saben realizar los misioneros cristianos”⁶. Entre tanto, los comerciantes peruanos y brasileños sacaban zarzaparrilla, bagre y caucho, navegaban los ríos y traficaban con los indios aún en territorio colombiano. El otro problema de integración estaba en cómo superar las barreras que separaban los territorios poblados, dado el estado primitivo de caminos y de la navegación a vapor, a lo que se sumaban obstáculos políticos, más decisivos y

5. Malcolm Deas, “La presencia de la política nacional en la vida provinciana, pueblerina y rural de Colombia en el siglo XIX de la república”, en: *Del poder y la gramática y otros ensayos sobre historia, política y literatura colombianas*. Bogotá, Tercer Mundo, 1993.

6. Efraín Sánchez, *Gobierno y geografía. Agustín Codazzi y la Comisión Corográfica de la Nueva Granada*, Bogotá, Banco de la República y El Ancora Editores, 1998, p. 644.

graves que los geográficos. En un país donde “la anarquía y el desorden” prevalecieron, donde había un mercado nacional e interregional débil y que adolecía además de un sistema integrado de vías de comunicación, era evidente que construir una integración nacional no era fácil, pues entrañaba crear y consolidar una imagen de unidad territorial y un sentido de pertenencia de los individuos a una comunidad nacional, pese a sus diferencias y a la fragmentación regional.

Como en tantas otras cosas, los modelos para construir esta soñada comunidad nacional fueron importados de Europa⁷. Un solo territorio, un solo pueblo, y una misma lengua eran la tríada sobre la que se habían construido los principales Estados europeos, así fuera mediante la imposición de dicha unidad y el desconocimiento de las minorías y de los particularismos regionales⁸. También era necesario legitimar a la nueva clase dirigente nacional mediante instituciones que garantizaran su aceptación por parte de un pueblo que siempre había visto en el monarca español la fuente del poder público. Sin embargo,

“institucionalizar la imagen de Colombia como nación unitaria y con identidad propia no sólo suponía fundar instituciones políticas permanentes y aceptables para todos, cimentar los principios de justicia, igualdad, fraternidad, tolerancia y participación, afianzar el imperio de la ley, mantener la paz y la seguridad y desarrollar las fuentes de la prosperidad nacional. También suponía conocer sus características físicas, sociales y políticas y reconocer la compleja interrelación existente entre ellas. Y aún suponía lo más elemental de la identidad, la institucionalización y fijación del nombre de pueblos y aldeas, cordilleras, montañas, valles, ríos e incluso del propio país”⁹.

7. Frédéric Martínez, *El nacionalismo cosmopolita, La referencia europea en la construcción nacional en Colombia, 1845-1900*, Bogotá, Banco de la República, Instituto Francés de Estudios Andinos, 2001.

8. Fernando Cubides, “Representaciones del territorio, de la nación y de la sociedad en el pensamiento colombiano del siglo XIX: Cartografía y geografía”, en: Rubén Sierra (editor), *Miguel Antonio Caro y la cultura de su época*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2002, p. 22.

Era indispensable, pues, conocer el país y difundir dicho conocimiento a sus habitantes, lo cual implicaba necesariamente realizar trabajos cartográficos:

“El territorio, la nación, el pueblo, (o su sinónimo, la ciudadanía), son imágenes elaboradas culturalmente que el discurso cartográfico condensa en sus principales productos, sobre todo cuando se trata del mapa político administrativo, y más aún cuando quiera que éste tiene el carácter de oficial. En los textos de geografía, desde los más elementales, al mapa que representa los contornos del territorio lo acompaña por lo general una escueta definición de la población y de sus características básicas”⁹.

De esta manera, y como lo explica Fernando Cubides, el mapa deviene en un elemento indispensable de la iconografía nacional.

A raíz de la Revolución, en Francia se desarrolló una importante investigación histórica sobre la geografía y la representación del territorio, que se convirtió en referente para nuestros grupos dirigentes. De allí que “cualquier cosa tricolor se convirtió en símbolo de las nacionalidades nacientes y se redefinió la administración y la representación del territorio, lo que ejercerá una marcada influencia en nuestras sociedades hispanoamericanas. Espacio y territorio perduraron en la Francia actual y se convirtieron en referentes universales, máxime cuando se piensa en la finalidad de realizar una división racional del territorio (como la que hizo Francia en departamentos), que no buscó resolver necesidades administrativas sino que se convirtió en una necesidad para la representación política”¹¹.

En nuestro país, la inestabilidad de la organización territorial y las rivalidades entre localidades y regiones se evidenciaron en parte en el conflicto de topónimos –cambios permanentes de nombres de aldeas y distritos–. Un ejemplo

9. Sánchez, *Op. cit.*, p. 647.

10. Cubides, *Op. cit.*, p. 322.

11. *Ibid.*, p. 323.

diciente se dio en la extensa provincia del Cauca, que cambió los nombres de todos sus distritos parroquiales con excepción de cuatro; también es notoria la inestabilidad en la forma de llamar la nación, que cambió seis veces de nombre en 80 años. Este fenómeno se patentizó sobre todo en la primera mitad del siglo XIX y se hizo extensible a buena parte del período federal y aún al de la llamada unificación de la república bajo la Regeneración¹². Tal como lo ha estudiado Fernando Cubides,

“El trazado de los contornos del territorio de un país, su difusión, la toponimia que se le suele añadir, pueden ser tan emblemáticos como la bandera, el escudo o el himno nacional; al igual que esos ‘símbolos patrios’ oficiales, los mapas llegan a ser percibidos como un elemento de identidad. Al elaborar y difundir un mapa oficial, los gobiernos así lo entienden y hacen de su conocimiento un aspecto central de la pedagogía ciudadana. La visión del territorio que de esta forma se representa contiene a la vez una manera de representar la Nación, y tanto en su trazado como en sus convenciones, en los pies de página que los suelen acompañar y en los textos geográficos que los explican, los mapas nos ofrecen visiones condensadas de la sociedad y de la época. Por ello, la inclinación por la geografía que se percibe a lo largo del siglo XIX colombiano es mejor entendida si se la relaciona explícitamente con las necesidades de integración, de construcción de la Nación y del Estado; obedecen, en todo caso, a algo más que a un divertimento intelectual”¹³.

Pues bien, las geografías fueron un elemento gradual de integración nacional, buscaron representar a quienes vivían en un territorio como a individuos cercanos, identificados con su patria, su patria común, a precisar sus intereses materiales, sus estrategias de progreso y a establecer relaciones identitarias de sus diversas sociedades, aunque una lectura avezada sobre ellas permite percibir sus peculiaridades, similitudes y diferencias.

12. Sánchez, *Op. cit.*, pp. 647-649.

13. Cubides, *Op. cit.*, p. 322.

Llama la atención en el caso colombiano, la proliferación de obras geográficas nacionales, regionales y locales. Las élites, de ambos partidos, realizaron estudios geográficos en gran medida preocupadas por la prosperidad y la identidad nacionales, no en el sentido de las raíces profundas de la nacionalidad o de la búsqueda de la esencia de la colombianidad, sino en que su interrogante se refería al territorio, a su relación con los habitantes y al futuro de la nación, que debía inscribirse en un contexto de comercio internacional en el que las ventajas comparativas del país, convenientemente aprovechadas, le darían un sitio de importancia en el mundo civilizado¹⁴. En tal sentido los dirigentes colombianos hicieron un esfuerzo descomunal poniendo en acción una Comisión Corográfica a mediados del siglo XIX, siguiendo en parte los lineamientos de la Expedición Botánica de fines del siglo XVIII y cartas geográficas y económicas construidas durante la primera mitad del siglo XIX, ya que pasada la Independencia se había emprendido una descripción del territorio y de su configuración física. Los levantamientos cartográficos y topográficos para establecer una carta nacional se hacían indispensables, pues era necesario mapear el país, saber quiénes lo poblaban, conocer sus recursos y potencialidades y poner en acción las fuerzas humanas para su transformación, la cual implicaba el diseño de nuevas y mejores vías de comunicación que permitieran el flujo de mercancías con miras a la exportación y un mejor aprovechamiento de las extensas tierras baldías que tenía la nación y que debían ser ocupadas preferiblemente por los tan ansiados inmigrantes europeos, que debían traer con ellos la civilización y el adelanto técnico. Era fundamental además conocer las características regionales con el fin de realizar una división territorial que estuviera al servicio de la representación política, como lo afirmaba el general Mosquera durante su primer período presidencial entre 1845 y 1849:

14. Sánchez, *Op. cit.*, pp. 627-628.

“Hacer practicable i fácil en todos los puntos del territorio la ejecución de las leyes, i la acción de la autoridad a que esta ejecución está encomendada; hacer que los intereses i las necesidades de los habitantes de todas las localidades sean en justa proporción representadas en las Cámaras Lejislativas; formar un espíritu, un sentimiento único de unión i de nacionalidad; atender al mantenimiento del orden público; i proveer al cuidado i desarrollo de los intereses locales, reuniendo los recursos de las fracciones que tienen comunidad natural de necesidades i de medios, i dando unidad á la dirección i aplicación de estos medios”¹⁵.

Parte muy pequeña de aquellos avances se conocieron, aunque se realizaron publicaciones de prensa, entregas por folletos, cartas, libros y una cartografía inicial. De esta manera la imprenta, uno de los fundamentos del proyecto liberal, trató de consolidar aquello de construir una nación con símbolos propios, desde la bandera, pasando por el escudo, el himno y por supuesto, la cartografía. Sin embargo “la gran mayoría de la población permanecía completamente ajena a estas controversias periodísticas por el simple hecho de que no sabía leer ni escribir. Poco o nada significaban para las ‘gentes de ruana’ los conceptos de identidad e integración nacional, o de prosperidad pública y civilización, que nunca les llegaron”¹⁶.

Los discípulos de la Expedición Botánica poseían una imagen idealizada del territorio y de su especial ubicación estratégica, pero dos generaciones después, esa versión optimista se decantó y a propósito de los trabajos de Codazzi fueron evidentes las dificultades para sacar provecho de esas ventajas naturales, la existencia de un alto déficit para su conocimiento, la desigual distribución de la población y los peligros, disputas y posibles guerras que se derivaban de las imprecisas fronteras con los países limítrofes. De esta manera estudiosos como Humboldt, Caldas, José Manuel Restrepo, Juan José Nieto,

15. *Ibid.*, p. 181.

16. *Ibid.*, p. 651.

Codazzi, Felipe Pérez, Tomás Cipriano de Mosquera, José María Samper, Manuel Uribe Ángel, aunados a viajeros extranjeros como el alemán Alfred Hettner y el francés Eliseo Reclus, fueron decisivos en este conocimiento del país.

Nuevas aventuras en un país por conocer¹⁷

Según Efraín Sánchez, una vez terminadas las labores de campo de la Comisión Corográfica, el período comprendido entre 1860 y 1910 fue testigo de algunos esfuerzos aislados e inconexos en materia de exploración geográfica, pero no menos de 50 individuos recorrieron el país o visitaron zonas específicas en viajes de exploración o estudio. Tres cuartas partes de ellos fueron extranjeros. Entre las regiones más visitadas se encuentran los Llanos de Casanare y San Martín, que fueron de gran interés para los nacionales por sus potencialidades para la explotación agropecuaria y de recursos naturales. La exploración de estas regiones recibió un impulso decisivo cuando en 1871 con ocasión de la exposición nacional del 20 de julio el gobierno quiso reunir y mostrar productos espontáneos de los bosques y territorios despoblados. Para tal efecto nombró como exploradores a Jenaro Valderama, quien se dirigió al Casanare por la vía de Gachetá y Medina; al sacerdote y naturista Romualdo Cuervo, los jóvenes Carlos Michelsen, Nicolás Sáenz y el escritor español José María Gutiérrez de Alba, quienes exploraron los Llanos de San Martín. Los Llanos del Casanare serían objeto de exploración nuevamente a fines del siglo por el francés Jorge Brisson, pues el gobierno lo nombró intendente de Casanare luego de haber hecho exploraciones en el Chocó a instancias oficiales.

17. En este apartado recogemos aspectos del capítulo 8, del libro de Efraín Sánchez ya citado, titulado "El legado de la Comisión Corográfica", pp. 492-652.

Los exploradores extranjeros tuvieron intereses más variados. Recorrieron el país en distintas direcciones, observaron tipos, costumbres y modos de vida de la población, paisajes y maravillas naturales y publicaron amenos relatos pintorescos suntuosamente ilustrados, de interés desde el punto de vista de la descripción del territorio. En este período se produjeron algunas obras notables de la literatura geográfica sobre Colombia, la mayoría escritas por alemanes. En el campo de la geología, sobresalen los trabajos de Wilhelm Reiss y Alphonse Stuebel, adelantados entre 1867 y 1869; los de Eduard Steinheil en Cundinamarca, Boyacá y Antioquia, realizados entre 1872 y 1873; los de Friedrich von Schenck sobre el Estado de Antioquia, después de sus viajes de 1878 y 1880-1881; el notable libro de Alfred Hettner sobre la cordillera oriental publicado en 1892; las descripciones científicas de Alfred von Kohler sobre los Llanos de San Martín y la cuenca del Orinoco tras sus labores de campo en 1887 y el estudio de Otto Burger sobre la distribución de las especies zoológicas publicado después de sus viajes de 1896 a 1897¹⁸.

La Sierra Nevada de Santa Marta fue el lugar más frecuentado por los geógrafos extranjeros. Entre ellos se encuentran el anarquista y republicano francés Eliseo Reclus y el alemán Alfred Hettner, fundadores de la geografía moderna y quienes dedicaron hermosos estudios a dicha Sierra y a la Nueva Granada. Reclus publicó en 1859 informes sobre sus viajes por la Nueva Granada en el Boletín de la Sociedad Geográfica de París; por su parte Hettner, después de viajar a Chile y la Patagonia llegó a Colombia en 1882 y permaneció en ella hasta 1884. Al regresar a Alemania publicó *La Sierra Nevada de Santa Marta*, su obra *Viajes por los Andes Colombianos* en 1888 y más tarde *La Cordillera de Bogotá* publicada en 1892, fundamentado en Codazzi, Paz y Ponce de León, con una escritura y universalidad que recuerdan las excelentes pá-

18. Sánchez, *Op. cit.*, pp. 595-597.

ginas de los animados relatos de *La Peregrinación de Alpha* del primer rector de la Universidad Nacional de Colombia, el culto, excepcional intelectual y masón Manuel Ancízar Basterra. Otros extranjeros que escribieron sobre la Sierra Nevada de Santa Marta fueron J. T. Bealby, el Conde Joseph de Bretes, Wilhelm Sievers, F. A. Simons y Luis Striffler. La Sierra Nevada fue también objeto de la literatura universal cuando Joseph Conrad construyó su novela *Nostramo* referido al país ficticio de Costaguana, cuya capital era Santa Marta¹⁹.

Al tiempo que se producían estos esfuerzos individuales en aras de conocer el país, en el ambiente gubernamental y legislativo se producía un lento proceso de institucionalización de la actividad geográfica, que tuvo sus refuerzos en los estudios que hemos citado, que muy tenuemente llegó a las escuelas y colegios durante la segunda mitad del siglo XIX y que duró un siglo en materializarse, el que corre entre la muerte de Codazzi en 1859 y el surgimiento del Instituto Agustín Codazzi en 1959. Aunque debe decirse que hubo algunos precedentes como el establecimiento del Servicio Geográfico del Ejército en 1903, el mismo año en que se fundó la Sociedad Geográfica de Colombia y cuando 6 años más tarde, en 1909, el Congreso decretó la Creación de la Oficina de Longitudes adscrita al Ministerio de Relaciones Exteriores, cuyo propósito era el perfeccionamiento sistemático y progresivo de la carta general de la República. Después ocurre la creación en 1935 del Instituto Geográfico Militar que asumió las funciones del Departamento de Levantamiento del Estado Mayor del Ejército, cuyo fin primordial era la compilación de la carta militar del país²⁰. No obstante, habría que poner en entredicho la existencia de esfuerzos en la exploración sistemática del país y en la elaboración de mapas oficiales para definir fronteras nacionales e internacionales, asegurar la de-

19. *Ibid.*, pp. 595-597.

20. *Ibid.*, pp. 600-603.

fensa del territorio, explotar recursos y elaborar registros catastrales y planes para ejecutar obras.

La difusión de un conocimiento muy particular

En contraste con la Comisión Corográfica venezolana y de otros países latinoamericanos, la colombiana pasó desapercibida durante todo el siglo (1859-1959) y aún sigue siendo en gran parte desconocida. Durante su desarrollo lo único que recibió atención internacional fueron las exploraciones realizadas por Codazzi en relación con la apertura de un canal interoceánico, y su mapa de las provincias panameñas y la del Chocó, enviado por el gobierno de la Nueva Granada a Alexander von Humboldt, el cual fue publicado en Berlín con varias reseñas²¹. Por su parte, la *Geografía* de Felipe Pérez (Bogotá, 1863; París 1865), que recoge lo principal de las descripciones de Codazzi, sufrió del interdicto oficial cuando, al ser presentada al Consejo de Ministros en Rionegro, el general Mosquera prohibió su circulación "porque en este tratado se habían prohijado los errores de Codazzi, y porque contenía noticias estadísticas falsas, y cosas hechas sin dato alguno razonable"²². Más tarde la obra fue mandada a destruir por Mosquera y los ejemplares sobrevivientes llegaron a las bibliotecas de las sociedades científicas con un retraso de varias décadas. Tampoco existe en aquellas sociedades reseña alguna de la obra de Codazzi y solamente Reclus hizo comentarios publicados en 1866 en el Boletín de la Sociedad Geográfica de París. Pero fue Hettner, quien descubrió la obra de Codazzi en 1880 y la puso en acción por su destacada influencia sobre la geografía alemana del siglo XX, a través de su *Revista Geográfica* que comienza su publicación en 1899, de su

21. *Ibid.*, pp. 617-620.

22. *Ibid.*, p. 450.

cátedra en Heidelberg y de sus grandes obras sobre Geografía regional y Compendio de Ciencia Geográfica, la ciencia de la variación espacial.

Después de las labores de la Comisión Corográfica y durante el período radical se encuentran varias obras que pretendieron dar a conocer la geografía del país. Está la ya mencionada *Geografía Física y Política de los Estados Unidos de Colombia*, de Felipe Pérez, el *Compendio de geografía general política, física y especial de los Estados Unidos de Colombia* de Tomás Cipriano de Mosquera (Londres, 1866), el *Diccionario geográfico de los Estados Unidos de Colombia*, de Joaquín Esguerra (Bogotá, 1879), que representa un progreso notable con respecto a la parte topográfica de la *Geografía* de Pérez al incluir un compendio completo de los pueblos del país, su altura con relación al mar, sus coordenadas, distancias con relación a Bogotá y la capital del Estado respectivo, productos y accidentes geográficos. Casi al inicio de la Regeneración conservadora, en 1885, fue publicada en París *La geografía general del Estado de Antioquia en Colombia* por Manuel Uribe Ángel. En 1888 apareció la obra *Nueva Geografía de Colombia* de Francisco Javier Vergara y Velasco, publicada inicialmente en forma de compendio-programa para luego ver su forma definitiva en 1892 y su cartografía en 1906, obra que sería adoptada como texto oficial para la enseñanza escolar y que es una versión local de la obra de Hettner, ya que la redactó según el sistema natural de regiones geográficas, teniendo en cuenta el trabajo de Codazzi y el de estudios y exploraciones llevadas a cabo por extranjeros y nacionales.

Según Fernando Cubides, los interrogantes de los estudios colombianos se concentraron en el territorio y los rasgos básicos de su población, compuesta de razas o castas. Pero la percepción del territorio no se limitaba por supuesto a la parte visual y cartográfica. De la observación topográfica se desprendían interrogantes que

involucraban a la población. En este sentido, un aporte decisivo proviene de los relatos de viajeros nacionales y extranjeros (*Notas de viaje de Camacho Roldán; Un viaje a Venezuela de Modesto Garcés; De Bogotá al Atlántico de Santiago Pérez Triana*, entre otros) que son bastante ricos en la descripción del territorio, los grupos humanos y los tipos de sociedad que los pueblan, imitando de esta manera un modelo de descripción muy en boga por la época y que nos remite de nuevo a la Francia post-revolucionaria. Además, las descripciones de viajeros extranjeros como Humboldt, Hamilton, Gosselmann, Saffray destacan el mestizaje y el mosaico de tonalidades de piel y rasgos, y aún más, para aquellos, los mestizos son predominantes, en franco contraste con muchas de las investigaciones que realizadas y patrocinadas por las élites pretendían deducir que el elemento predominante era el blanco, percepción no corroborada por los empadronamientos o recuentos poblacionales. También en el *Tratado completo de geografía universal* de Federico Lleras (2ª edición en 1874), aparece la visión del territorio que se poseía entonces: Las inmensas y fértiles planicies de clima frío y sano, son verdaderos Tibets andinos, donde “la raza caucásica prospera en toda su belleza y vigor europeos con exclusión de la africana que naturalmente busca los valles y las costas ardientes...”. Además, “casi todos los habitantes del interior, especialmente los de la altiplanicie, son blancos. Las llanuras están habitadas por indios independientes”²³. Como señala Cubides, Lleras no veía el papel del mestizaje y no incorporaba sino por contraste a los grupos indígenas y de manera peyorativa a los negros, ambos objeto de amplias descripciones de Humboldt. Esta forma estereotipada de ver el elemento humano en el país, propia de la élite decimonónica, puede ser ilustrada con una aproximación a una de las obras más importantes del período federal, la de Felipe Pérez, quien

23. Cubides, *Op. cit.*, pp. 333-334.

como se explicó anteriormente, condensó muchas de las observaciones de Codazzi, complementándolas con otras fuentes que le permitieran abarcar la totalidad de la Unión, entre otras, las observaciones geográficas de Antonio Basilio Cuervo, Tomás Cipriano de Mosquera, José Manuel Royo, José María Samper y un compendio de la Provincia de Cartagena de 1839 escrito por Juan José Nieto.

La Geografía de Felipe Pérez (1863)

Felipe Pérez, en sus *Geografías Físicas y Políticas de los Estados*, publicadas en dos tomos por la Imprenta de la Nación en 1863, se ocupa de recoger de manera resumida las características de los nueve Estados según el esquema ideado por el geógrafo italiano Adriano Balbi (1782-1848), tratando los siguientes aspectos:

– La situación o el área comprendida por el territorio, la extensión total y sus miriámetros cuadrados desiertos y habitados, el perímetro del Estado y el número de miriámetros en cada una de las fronteras con otros Estados o países, según el caso.

– Una clasificación del terreno en llanos, mesetas, cerros, páramos, anegadizos, ciénagas y lagunas e islas.

– La población, el número de habitantes, su tasa de crecimiento, las razones de ese crecimiento acelerado o equilibrado, en casos, y lento en otros por las frecuentes revoluciones del país con la correspondiente contribución de sangre (casos de Cundinamarca, Boyacá, Santander y Cauca), la pérdida de almas por las desmembraciones del territorio, el mayor número de mujeres y la inexactitud de los censos. Descompone la población por sexos y, como es común, las mujeres superan a los hombres en número en todas las regiones; discrimina también por condiciones –eclesiásticos, religiosos, casados,

solteros, jóvenes, párvulos y libertos—. Muestra cuántos hombres puede poner cada Estado en armas, trátase de guerra civil o exterior y señala las potencialidades de cada Estado en comercio, industria, uso de los ríos y vías de comunicación.

– Pérez, un exponente de los grupos dirigentes liberales de la época, al presentar lo pertinente al aspecto del país, divide los Estados en dos secciones: “la civilizada” que comprende las comarcas sometidas al dominio de la civilización y, “la otra”, “que aún se mantiene en el estado de salvajismo de los tiempos primitivos”: “Allá la población ilustrada y trabajadora vive en pueblos, villas y ciudades; acá unas pocas tribus errantes cruzan las sabanas, y otras vagan por las selvas llevando una vida ruda y agreste”²⁴, comparten sus vidas con animales montaraces²⁵, son aborígenes o tribus salvajes –indios salivas entre el Vichada y el Guaviare, un territorio misionado por los jesuitas; caribes guerreros como los anteriores; entre el Orinoco, el Vichada, el Guaviare y el Meta, los salivas, cabres, chucunas, achaguas y familias de guahibos errantes cuyas hordas inspiran terror; amarizanos, enaguas, mitúas, choroyes, guaiguas (“ladrones en la conquista”). Este territorio desértico de yerbas, palmas y bosques de Cundinamarca, y que ocupa una extensión de 1.833 miriámetros cuadrados, está habitado “por 12 tribus salvajes, restos de antiguas naciones, cuyo número se gradúa en 16.480 habitantes”²⁶. Compara, por ejemplo, la zona de las dehesas de Casanare que ocupan 530 miriámetros cuadrados y que pertenecen al Estado de Boyacá, con zonas tan grandes como los Llanos de Cumaná, Barcelona, Caracas, Carabobo, Barinas y Apure en Venezuela. En aquellas hay 200.000 habitantes dedicados a la cría de ganados cuyo número pasa de 2 millones de cabezas, mientras en los

24. Felipe Pérez, *Jeografía física i política de los Estados Unidos de Colombia, Cundinamarca*, Bogotá, Imprenta de la Nación, 1863, p. 29.

25. *Ibid.*, p. 58.

26. *Ibid.*, p. 57.

Llanos de Casanare “apenas se cuentan 17.000 habitantes y poco más de 100.000 reses y en los de San Martín apenas 3.000 moradores y 36.000 reses”²⁷. La razón de esta situación, según Pérez, es que aquellos están en el corazón de la república, cerca del mar, mientras que los Llanos colombianos están lejos de la marina y arrimados por un extremo a las desiertas selvas de la Guayana. Pérez esperaba que las oleadas colonizadoras y “civilizadoras” provenientes de las tierras altas hacia las bajas, pondrían en cultivo a estas últimas –salvajes–, descuajando bosques, criando ganados y cultivando cacao, añil, tabaco, café y algodón, sometiendo así “la barbarie” a “la civilización”.

– Pérez se refiere luego a la riqueza de los climas, las estaciones, los minerales, vegetales y animales.

– Más adelante, hace una descripción de la parte política que incluye una sucinta historia desde la conquista, el gobierno del Estado, así como su religión (la católica, aunque se permitían otros cultos merced a la Constitución de 1863), rentas, deuda, instrucción, raza –la dominante, en su opinión es la blanca, aunque hay también razas mezcladas, pero por lo común, estas razas o castas tienden a unificarse–, caminos y representación nacional del Estado en el Congreso de la Unión. La agricultura, manufacturas y comercio le merecen otros apartados, así como la composición territorial donde sintetiza las características de las ciudades, villas, parroquias y aldeas. Para varios casos, entre ellos el de Cundinamarca, Pérez escribe un apéndice titulado “Indios” y subtítulo “Tribus indígenas errantes por las selvas entre el Meta, el Orinoco y el Guaviare y sedentarias al pie de la cordillera, número aproximado de individuos y lugar de su residencia; usos y costumbres”, a quienes debe civilizarse o sujetarse²⁸. Se trata de guahibos, salivas, cabres,

27. *Ibid.*

28. *Ibid.*, pp. 104-116.

chaguas, chucunas, enaguas, amarizanos, amorúas, airicos y tamas, mitúas, guaipunabis, maquiritares, churoyes o choroyes y guaiquas. Allí moran 16.480 “indios salvajes”, “raza condenada a desaparecer delante de la civilización... han dejado de existir, no por efecto de guerras entre ellos, ni menos por las pestes inherentes al clima, sino por la viruela i el sarampión, enfermedades desconocidas antes de la conquista”²⁹. Al final, Pérez presenta la altura en la que crecen diferentes plantas y cereales y una tabla de las principales alturas de los Estados.

Tres momentos en la estadística demográfica y geográfica de la segunda mitad del siglo XIX

Efraín Sánchez afirma que:

“Con una población de 2'300.000 habitantes [en 1851] y un área de 1'420.900 kilómetros cuadrados, la Nueva Granada era un país casi despoblado. Vastas áreas permanecían desiertas, en particular el territorio del Caquetá, más de una tercera parte del área de la Nación, que comprendía la cuenca granadina del Amazonas. Aún la parte habitada del país apenas tenía una densidad inferior a 2.5 habitantes por kilómetro cuadrado, debido principalmente a la baja población de la Provincia de Casanare y del enorme cantón de San Martín de la Provincia de Bogotá, con 0.1 habitantes por kilómetro cuadrado. Cerca de la mitad del total de los habitantes vivía en un área de poco más de 100.000 kilómetros cuadrados en las provincias de Bogotá, Tunja, Socorro, Tundama, Vélez, Pamplona, Soto, Ocaña y Santander. La mayor parte de la otra mitad de la población se concentraba en una estrecha franja de la costa atlántica y en áreas reducidas en las alturas medias de las cordilleras occidental y central”³⁰.

En algunos censos regionales de 1851, los habitantes aparecen por ocupaciones, lo que en el censo de 1870 se hace extensivo para todo el

29. *Ibid.*, p. 115.

30. Sánchez, *Op. cit.*, p. 196.

país. Éste revela los graduales cambios que ha tenido entre 1851 y 1870, el claro predominio de las actividades agrícolas entre los varones –quienes a su vez se incrementan en el comercio– y la elevada proporción de mujeres dedicadas a las actividades artesanales. “Las 250.000 mujeres que figuran como artesanas en 1870 se encontraban en los Estados de Santander, Boyacá y Cauca, donde dedicaban su tiempo libre a hacer, usualmente en el hogar, trabajos textiles (hilado y tejido de algodón, lana, fique), a la elaboración de cestas y sombreros y a trabajos en barro”³¹. La población económicamente activa (el 52.9% de la población) se dedicaba a la agricultura, ganadería y pesca en un 53.9%; artesanos, artistas y fabricantes eran un 22.7%; sirvientes, un 14.7%; comerciantes y arrieros, 2.7%; y mineros, un 2.6%. Los menores y estudiantes eran el 29.1% (con una baja educación formal) y las personas dedicadas a la administración doméstica, 18.1%³². El censo de 1870 deja ver que la más amplia red urbana del país, aún incipiente, seguía estando en la cordillera oriental en gran medida asociada al río Magdalena, al tiempo que crecían ciudades como Bogotá, Medellín, Barranquilla, Cali, Palmira y Socorro y se extendían nuevas colonizaciones hacia la costa –región tabacalera de Bolívar y llanuras del Sinú; consolidación del puerto de Barranquilla–, el oriente –zonas de Lebrija, Cúcuta y Salazar–, el noroccidente –norte y sur de Antioquia hacia el norte caucano–, el suroccidente –área tabacalera de Palmira y áreas asociadas al río Cauca y a la costa Pacífica–, y Cundinamarca, desde donde avanzó la ocupación del valle del Ríonegro y de las tierras del Meta y San Martín³³.

31. Jorge Orlando Melo, “La vicisitudes del modelo liberal (1850-1899), en: José Antonio Ocampo (Ed.), *Historia económica de Colombia*, Bogotá, Fedesarrollo, Siglo XXI Editores, 1987, pp. 123-124.

32. Jorge Orlando Melo, “La vicisitudes...”. *Op. cit.* Luis Javier Ortiz Mesa, “La sociedad colombiana en el siglo XIX”, en: *Las mujeres en la historia de Colombia*, tomo II, *Mujeres y sociedad*, Bogotá, Editorial Norma, 1995.

33. Melo, *Op. cit.*, pp. 130-133.

Por su parte, un acercamiento inicial a la extensión, las peculiaridades del terreno y la población de los Estados, expuestos por Felipe Pérez en su obra de 1863, revela los contrastes entre los territorios “poblados” y “los desérticos o baldíos”, y deja ver los contrastes regionales. Veamos:

Cundinamarca: Contaba con 2.064 miriámetros cuadrados de extensión (206.400 kms²), de los cuales 1.833 (183.300) eran desiertos y 231 habitados, pero de esta cifra, 1.513 miriámetros (151.300 kms²) estaban ocupados por “tribus salvajes”, lo que significa que ¾ partes estaban ocupadas (y no desérticas) por estos indígenas, a los que Pérez da el nombre de “naciones”. Cundinamarca poseyó en 1851, 278.847 habitantes y 409.590 en 1870 (4º en cantidad de población después de Boyacá, Santander y Cauca). De sus 2.064 Mm², 1.400 son llanos; la mayor parte de su territorio habitado es frío y sano, pero “las revoluciones frecuentes, las desmembraciones, la inexactitud de los censos y el mayor número de mujeres han incidido en su escaso crecimiento”. Cundinamarca es igual a la mitad de Chile y sólo una tercera parte menor que la república de Uruguay. Dinamarca, Bélgica, Holanda, Suiza y Portugal son mucho más pequeños que él. Su población tarda en duplicarse de 50 a 51 años, 2 más que en Panamá, igual tiempo que el Cauca, y 9 menos que en el Tolima. Tiene 170 habitantes por Mm² si se toma todo el territorio, pero prescindiendo de la parte desierta la proporción es de 1.524 por cada miriámetro. Los “salvajes” ocupan 1.833 Mm² en razón de 2 a 3 por miriámetro, con lo que el total bajaría a 1.054 más en cada miriámetro que Panamá, 915 más que el Cauca y 832 más que el Tolima³⁴.

Boyacá: Contaba con 863,75 Mm² de extensión (86.375 kms²), de los cuales 558,75 eran baldíos y 305,38 poblados. Poseía 379.682 habitantes en 1851 y 482.874 en 1870. Su crecimiento era lento (duplicaría su población cada

34. Pérez, *Op. cit.*, *Cundinamarca*, pp. 1-4.

60 años) demorándose 12 años más que Panamá, 10 veces más que el Cauca, 1 más que el Tolima y 9 veces más que Cundinamarca, debido al “rápido decrecimiento de la raza indígena, el mayor número de mujeres y la circunstancia de ser los pueblos de este Estado los que proveen de soldados en su mayor parte a la república, pues sus naturales son muy a propósito para el servicio militar por su valor, constancia en las penalidades y subordinación”³⁵. Incluso, Pérez afirma que cada guerra civil puede costar a Boyacá, de 8.000 a 10.000 hombres.

Santander. Tenía 42.200 kms² de los cuales 18.500 eran poblados y 23.700 baldíos. Su terreno es predominantemente de cerros y en mucha menor medida de llanos y páramos. Su población tarda en duplicarse 35 años, debido a la robustez de sus razas, la salubridad del clima y la proporcionalidad con que está dividida la propiedad territorial en muchos puntos del Estado. Su población en 1861 era de 496.000 habitantes, entre los cuales se contaban 396 pertenecientes a “tribus salvajes” regadas en las riberas solitarias del Opón que “no trafican con nadie y viven de la pesca, la caza y algunas raíces”.

Magdalena. Su extensión era de 69.800 kms², de los cuales 25.000 estaban poblados y 44.800 baldíos. Predominan los cerros y el terreno llano, aunque posee anegadizos, ciénagas y lagunas. Su población para 1861 era de 100.284 y tardaba en duplicarse 100 años. Este territorio no fue recorrido por la Comisión Corográfica, sin embargo Pérez lo caracteriza como de enorme retardo en su demografía, de clima “destructor” y “poco vigor de su raza en algunos parajes”³⁶.

Antioquia. Su extensión era de 59.025 Kms², de los cuales un 44% eran baldíos. La gran mayoría del territorio (un 84%) es montañoso. La población para 1861 se calculó en 327.332 personas, fuera de los 1.500 indios que estimaba

35. Pérez, *Op. cit.*, Boyacá, p. 2.

36. *Ibid.*, Magdalena, p. 2.

Pérez vivían en el Estado. Se calculó que la población antioqueña tardaba de 30 a 35 años en duplicarse: “Influye en este hecho, por cierto poco común en el resto de los Estados colombianos, el vigor de la raza antioqueña sólo comparable a la patagónica; la fecundidad i lozanía de las mujeres, algunas de las cuales han llegado a tener hasta 6 ó 7 hijos en poco más de dos años”³⁷. Territorio minero, comercial y de colonizaciones, proverbialmente religioso y conservador.

Tolima. Su extensión era de 47.750 kms² de los cuales 36.300 estaban poblados y 11.450 desiertos; uno de los más poblados y con mayor densidad de la República, con 218.396 habitantes en 1851 y 250.938 en 1861. El Estado, predominantemente montañoso, tenía 35.400 kms² de cerros y 8.250 kms² de llano en sus dos provincias, la de Mariquita y la de Neiva. Según el censo de 1851, Tolima podía poner en armas hasta 20.000 hombres en caso de guerra intestina. Estado atravesado por el río Magdalena, con numerosas haciendas ganaderas y producciones de cerdos, caballos, mulas, cabras y ovejas, así como tabaco, cacao, sombreros, oro y plata. En su parte final, Pérez dedica especial aparte a “Las antigüedades indígenas”, sobre todo a “las ruinas de San Agustín, descritas y explicadas por A. Codazzi”, acompañadas de láminas³⁸.

Bolívar. Su extensión era de 700 Mm², es decir, de 70.000 kms², de los cuales 40.000 eran baldíos y 30.000 poblados. Su terreno era predominantemente llano, de cerros y anegadizos. Su población en 1851 era de 184.157 habitantes, incluidos 2.000 “indios salvajes” –los del Sinú, San Jorge y la antigua Provincia de Mompos–. Llama la atención la disminución de la población entre 1843 y 1851 y entre este último año y 1861, cuando descendió a 175.006. No están claras las razones de tal descenso. De otra parte, contaba el Estado con numerosos eclesiásticos –135– y religiosas –18–. Las gentes del

37. *Ibid.*, Antioquia, p. 3.

38. *Ibid.*, Tolima, pp. 76-106.

Estado se dedicaron con fuerza al comercio legal e ilegal –de ganados, hamacas, sombreros de paja, cueros, granos, esteras, azúcar, panela, objetos de alfarería; al tabaco, las explotaciones madereras y caucheras, y los tejidos de algodón.

Panamá. Su extensión era de 826 Mm², es decir, 82.600 kms², de los cuales 36.175 estaban habitados y 46.500 baldíos. Está rodeado por los océanos atlántico y pacífico y dos serranías, la del Darién que lo separa del Estado del Cauca y la de la Cruz que lo separa de Costa Rica. Su terreno es de cerros predominantemente –502,50 Mm²–, llanos –296 Mm²–, anegadizos, ciénagas y lagunas –11,75 Mm². Su población en 1851 era de 138.108 habitantes y para 1861, de 173.729. La misma tuvo mayorías en los jóvenes y párvulos –62.255–, seguidos de solteros –51.109– y casados –24.150–; había numerosos eclesiásticos de varias iglesias (94) y unas pocas religiosas, en una sociedad bastante heterogénea y diversa en lo económico y lo sociorracial –existen grupos negros e indígenas de antiguas tradiciones–, y muy cruzada por comerciantes y aventureros. Su población se distribuía en cuatro provincias: Azuero, Chiriquí, Panamá y Veragua.

Cauca. Su extensión era de 6.668 Mm², de los cuales 6.038 eran baldíos y sólo 630 poblados; estos últimos estaban habitados por 322.585 en 1851 y 437.102 en 1861, población que demoraba 50 años en duplicarse, lo que revela una desproporción muy significativa entre tierra y población, aunque debe tenerse en cuenta que poblamientos negros, mulatos e indígenas copaban partes de aquellos supuestos baldíos. Predominaban los cerros de selva y sin ella –780 Mm²–, los llanos –405,75– y anegadizos –147,75– y en menor medida los páramos, ciénagas y lagunas, mesas e islas. La diversidad étnica, social y territorial caracterizaron el Estado del Cauca, el más complejo y variopinto del territorio nacional, el cual estuvo compuesto en 1857 por las provincias de Buenaventura, Cauca, Chocó, Popayán y Pasto –dividida en Barbacoas, Pasto y Túquerres–, el inmenso territorio del Caquetá y

los distritos de Huila, Inzá y Páez, pertenecientes antes a la Provincia de Neiva. El territorio tan desconocido del Caquetá, contaba con una amplia gama de pueblos indígenas que predominaron en los ríos y en menor medida en la cordillera. Las tierras altas y las mineras concentraron las mayorías de una población diversa, en parte regida por hacendados, mineros y comerciantes, y que entró en crisis con la quiebra de los lazos de sujeción esclava e indígena.

Finalmente, *la Estadística de 1876*, elaborada por Aníbal Galindo y completada por R. Rocha Gutiérrez, recogió datos del censo de 1870 e incorporó estadísticas nuevas³⁹. Para 1870, la superficie del territorio de Colombia era de 13.310,25 miriámetros cuadrados o sea 133'100.000 hectáreas o 1'331.025 kilómetros cuadrados, en las cuales con mediano cultivo podrían vivir y prosperar más de 50 millones de habitantes. Dicho territorio, según datos de la Comisión Corográfica, se descomponía en 2.956,13 Mm² habitados o más o menos cultivados (295.613 kms²) y en 10.354,12 Mm² baldíos, sin habitaciones y sin cultivo (1'035.412 kms²). En otras palabras, casi el 80% del territorio era baldío. Topográficamente, 8.056,40 Mm² (805.640 kms²) son llanuras de climas ardientes y templados, 4.088,75 Mm² (408.875 kms²) son serranías y montañas de climas variados, 526,85 Mm² (52.685 kms²) de ciénagas, lagunas y anegadizos, 327 Mm² (32.700 kms²) altiplanicies elevadas de clima frío, 246 Mm² (24.600 kms²) páramos de clima helado y 65,25 Mm² (6525 kms²) islas marítimas de clima caliente. La estadística muestra las distintas cordilleras (Occidental, Oriental y Central, Baudó, Sierra Nevada de Santa Marta, teniendo en cuenta nevados, volcanes y altiplanicies) que forman cuatro grandes hoyas hidrográficas, una occidental, dos centrales y una oriental y que pertenecen a los ríos Atrato y San Juan, Cauca, Magdalena y Caquetá, San Martín y Casanare.

39. *Estadística de Colombia*. Bogotá, Imprenta de Medardo Rivas, partes primera y segunda, 1876.

Para 1870, los Estados y territorios contaban con 2'951.323 habitantes, incluidos los "aborígenes salvajes". Veamos sucintamente los **nueve Estados con sus respectivos territorios y poblaciones**, según la Estadística de 1876:

Antioquia tenía 590 Mm² (59.000 kms²); su territorio habitado era de 330 Mm² y el baldío, de 260 Mm². Contaba con una población de 365.974; se encontraba dividido en 5 departamentos.

Bolívar tenía 700 Mm² (70.000 kms²); su territorio habitado era de 300 Mm² y el baldío, de 400 Mm². Contaba con una población de 241.704 habitantes y estaba dividido en 10 provincias. Este Estado no fue recorrido por la Comisión Corográfica.

Boyacá tenía 863 Mm² (86.300 kms²); su territorio habitado era de 305 Mm² y el baldío, de 558 Mm². Contaba con una población de 482.874 habitantes y poseía 6 departamentos y un corregimiento denominado Caimital o Magdalena, administrado por un corregidor.

Cauca contaba con 6.668 Mm² (666.800 kms²); su territorio habitado constaba de 630 Mm² y el baldío, de 6.038 Mm² (prácticamente el 90%). Incluía el territorio del Caquetá con 5.854 habitantes (?) —Aguarico, Alto Caquetá, Bajo Caquetá, Canelos, Mesaya, Mocoa, Putumayo, Sibundoy—. La población del Cauca en 1870, era de 465.078 habitantes, incluyendo los 30.000 aborígenes salvajes del Darién, de las costas del Pacífico y del Caquetá. Era el Estado más extenso y el menos poblado de los Estados Unidos de Colombia, en relación con su extensión. Este Estado representaba casi la mitad del país en extensión.

Cundinamarca tenía 2.064 Mm² (206.400 kms²); su territorio habitado era de 231 Mm² y el baldío de 1833 mm² (es decir, un 89%). Contaba con una población de 409.602 habitantes y se hallaba dividido en 7 departamentos.

Magdalena tenía 698 Mm² (69.800 kms²); su territorio habitado era de 250 Mm², y el baldío de 448 Mm². Su población era de 85.255 habitantes y estaba organizado en 5 departamentos.

Este Estado no fue recorrido por la Comisión Corográfica.

Panamá tenía 826 Mm² (82.600 kms²); su territorio habitado era de 361 Mm² y el baldío de 465 Mm². Contaba con una población de 221.052 habitantes y se hallaba dividido en un distrito capital, seis departamentos y tres comarcas.

Santander tenía 422 Mm² (42.200 kms²); su territorio poblado era de 185 Mm² y el baldío de 237 Mm². Tenía una población de 425.427 habitantes y estaba organizado en 8 departamentos.

Tolima tenía 477 Mm² (47.700 kms²); su territorio poblado era de 363 Mm² y el baldío o desértico de 114 Mm². Contaba con una población de 230.891 habitantes y estaba dividido en 3 departamentos.

Existían además **seis territorios federales** que sumaban 53.466 habitantes. Estos eran:

Bolívar. Cedido al gobierno de la Unión en 1870 por el Estado de Santander, su capital fue Landázuri —contaba con Bocas del Carare, Bolívar y Cuevas— y tenía 7.751 habitantes.

Casanare. Tenía 53.000 kms². Fue cedido al gobierno de la Unión entre 1868 y 1869 por el Estado de Boyacá. Con capital en Tame, tenía además 13 corregimientos y 10 aldeas. Contaba con 9.421 habitantes según el censo de 1851 y con 26.066 en el censo de 1870.

Goajira. Fue cedido al gobierno de la Unión entre 1871 y 1872 por el Estado del Magdalena, cubría toda la península de la Guajira. Su capital era Soldado y tenía 3 corregimientos: Calabacito, Marhuyen y Soldado, con 70 caseríos y 8.390 habitantes.

La Nevada y Motilones. La capital del territorio era Espíritu Santo. Fue cedido al gobierno de la Unión por el Estado del Magdalena en 1871. Poseía 6 corregimientos compuestos por 14 poblaciones y tenía 3.673 habitantes.

San Martín. Contaba con 4.056 habitantes. Fue cedido al gobierno de la Unión por el Estado

de Cundinamarca entre 1867 y 1868. Su capital fue Villavicencio y poseía 9 corregimientos; los más poblados fueron Medina (1.796 habitantes), San Martín (717) y Villavicencio (625).

San Andrés y San Luis de Providencia. Tenía 3.530 habitantes en un territorio compuesto por las Islas de San Andrés y San Luis de Providencia; en la primera hay dos corregimientos cuyas capitales son San Andrés y San Luis, y en la segunda hay uno, cuya cabecera es Providencia. Ese territorio fue cedido por el Estado de Bolívar, entre 1866 y 1868, al gobierno de la Unión. Poseía entonces tres corregimientos que a su vez se dividieron en 12 caseríos; Los más poblados fueron Santa Catalina (409 habitantes), Barker-Hill (397), Salt-Creek (348), San Luis (316) y Shingle-Hill (316).

Los grandes desiertos

Fernando Cubides muestra que tanto Felipe Pérez, como Tomás Cipriano de Mosquera y José María Vergara y Velasco no tuvieron un conocimiento directo, así fuera somero, de las regiones más extensas y menos pobladas; es decir, la Orinoquía y la Amazonía⁴⁰. Ellos transmitieron al lector la visión de que se trataba de "tierras ignotas", calificativo que también comprendió, entre otros, a territorios del Pacífico sur y norte, como el Chocó, y a numerosos territorios que se perciben en la *Geografía* de Felipe Pérez y en la *Estadística de Colombia de 1876*. El predominio de la Colombia andina y costera —más la atlántica que la pacífica—, dejó una mirada en blanco y rotulada con el título de "llanos inmensos" a todo este territorio habitado por grupos indios en la Amazonía y por grupos mestizos e indios en la Orinoquía después de los núcleos de poblamiento que se forjaron en torno a las haciendas de los jesuitas. Estas inmensas regiones fueron

consideradas desérticas por Felipe Pérez, Mariano Ospina Rodríguez y Rafael Uribe Uribe, quien en 1915 afirmaba que "inmensos pero sin valía son los desiertos de África, las estepas de Siberia y las selvas amazónicas"⁴¹. La opinión de Rafael Reyes contrastaba en gran medida con estas observaciones, ya que conoció la región en parte entre 1875 y 1884 debido a su actividad como empresario del caucho y la quina. Reyes clamaba porque el territorio fuera ocupado, a la vez que hacía descripciones de los pueblos indígenas y de sus costumbres. Llamaba la atención igualmente sobre la actividad de los países fronterizos y la indiferencia del gobierno colombiano.

Hay pues al menos dos Colombias en las geografías que hemos mencionado y una concepción de las "zonas periféricas" que ha tenido efectos negativos sobre las delimitaciones fronterizas⁴² y sobre las maneras de percibir y entender "al otro", a quien está del lado "bárbaro" de la nación imaginada por las élites. "La Colombia civilizada" debía reducir y cristianizar a "la Colombia salvaje" y someterla a sus esquemas, estilos de vida y a sus formas civilizatorias, tal como lo percibió Felipe Pérez. No era del caso entender las lógicas de vida de "esos otros", "salvajes, marginales y distantes": bastaba con poblar, talar, cultivar e incorporarlos al proceso civilizatorio occidental a como diese lugar. Tras fenómenos penosos como la separación forzosa de Panamá y la guerra con el Perú, se renueva el interés sobre esas zonas fronterizas y lejanas, pero se sigue manifestando una suficiente falta de valoración del territorio por parte de nuestros grupos dirigentes, una pobre conciencia geográfica que se expresa en la pérdida de territorios numerosos y valiosos desde la fundación de la república, y una disputa por el territorio existente entre fuerzas estatales y paraestatales que lo han convertido más en un foco de conflictos que en un puente de resolución de los mismos.

41. Rafael Uribe Uribe, "Elogio de la patria. La grandeza territorial", citado por Cubides, *Op. cit.*, p. 342.

42. Cubides, *Op. cit.*, pp. 339-343.

40. Cubides, *Op. cit.*, pp. 337-339.